

SAN AGUSTÍN
Y LA FORMACIÓN ORATORIA CRISTIANA

*Estudio comparado del libro IV «De Doctrina Christiana»
y del «De Catechizandis Rudibus»*

Mucho se ha escrito sobre la homilética y la catequística de S. Agustín. Recientemente dos tesis doctorales¹ nos han dado, además de una edición crítica del *De Catechizandis Rudibus* y del libro IV *De Doctrina Christiana*, un buen estudio y un buen comentario sobre estas obras. Intentaremos aquí comparar sus métodos desde el punto de vista de la formación oratoria: cómo se distinguen y cómo se complementan mutuamente. El campo de nuestra investigación queda reducido al libro IV de *DC* y a la primera parte del *CR*, por decir relación más directa con nuestra materia.

* * *

El valor del libro de *DC* entre las obras de S. Agustín es muy notable. Comenzada su redacción en el año 397, fué revisado y completado en los últimos años de su vida: en el año 426 aproximadamente². La obra presenta dos partes bien definidas: la primera, que trata del conocimiento de las Sagradas Escrituras como requisito necesario para la predicación, ocupa los tres primeros libros; la segunda expone la manera cómo hay que hablar al pueblo, y comprende el libro IV. El conjunto de las obras cons-

¹ S. TH. SULLIVAN, *Sti. Aurelii Augustini, Hipponensis episcopi, De Doctrina Christiana liber quartus*. A commentary, with a revised Text, Introduction and Translation (Washington, 1930).—J. P. CHRISTOPHER, *Sti. Aurelii Augustini, Hipponensis episcopi, de Catechizandis Rudibus liber unus*; translated with an Introduction and Commentary (Washington, 1926).—Ambas han sido publicadas por la Catholic University of America; Patristic Studies.—En nuestro trabajo nos hemos servido del texto de SULLIVAN para el *DC* (= *De Doctrina Christiana*); para el *CR* (= *De Catechizandis Rudibus*) hemos utilizado la edición de KRÜGER, *De Catechizandis Rudibus* (Tübingen, 1934). Sammlung ausgewählter Quellenschriften, vol. 1, c. 4. Ambas obras aparecen con las abreviaciones S. y K., respectivamente.

² Cf. una discusión detallada sobre estas fechas, la ocasión del *DC* y las referencias hechas a ella por otras obras de S. Agustín, en SULLIVAN, o. c., p. 3-4.

tituye un magnífico manual para la formación del orador cristiano. De aquí viene su título «De Doctrina Christiana» que sería equivocado entender como de una Suma Teológica, a la manera de las que estuvieron en boga en Europa durante los siglos XII y XIII. Eggersdorfer³, a este propósito, observa que la mala inteligencia del título de esta obra ha perjudicado no poco su importancia.

Es natural que la formación que pretendía dar el Santo con su *DC* se refería sobre todo a los clérigos. Ellos eran, al fin y al cabo, los destinados a instruir y educar a los fieles. Darles por consiguiente esta formación oratoria fué la finalidad concreta del libro IV de *DC*. Por esto se ha considerado como el primer ensayo de una homilética sistemática cristiana⁴.

S. Agustín, al emprender su obra, se encontró delante de dos hechos de los cuales no le era posible prescindir: por una parte, la única forma de educación del pueblo se hacía por medio de la predicación a base de la Sagrada Escritura como cuerpo de doctrina; por otra, las escuelas públicas daban una formación casi exclusivamente retórica a la juventud, siguiendo en ello la doctrina de los antiguos oradores romanos. Pues bien, todo el esfuerzo de S. Agustín consistió en coordinar estos hechos, aprovechó las corrientes retóricas y las encauzó debidamente dentro del Cristianismo. Sin despreciar, como ha notado Boissier⁵, la autoridad de los autores paganos, tendió su mano hacia ellos y los incorporó a la religión Cristiana. Esta es la tendencia de «hombre de letras» de que nos habla Labriolle⁶, por encima de la cual otra tendencia, la de «cristiano rigorista», triunfó y consagró definitivamente el ideal del orador cristiano. Este quedó constituido por una sabiduría profunda y una elocuencia poderosa, adquiridas, la primera en el conocimiento y meditación de la Sagrada Escri-

³ EGGERSDORFER, F. X., *Der heilige Augustinus als Pädagoge* (Freiburg im Br., 1907); Strassburger theologische Studien, vol. 8. c. 3 y 4, p. 140. De todas maneras esto no significa que esta obra no ejerciera influencia en las épocas posteriores.

⁴ BARDENHEWER, *Geschichte der altkirchlichen Litteratur* (Freiburg im Br. 1913-1932¹⁻²) IV, p. 498.—Sobre el estado de la predicación en los siglos II y III, anteriores a S. Agustín, cf. F. PROBST, *Lehre und Gebet in den drei ersten christlichen Jahrhunderten* (Tübingen, 1871), p. 200-202; 218-222.

⁵ *La fin du paganisme* (Paris, 1891), vol. I, p. 394. El hecho de la intensa formación retórico-pagana ha sido comprobado suficientemente por Sullivan, o. c., p. 6 ss.

⁶ *Histoire de la Littérature latine chrétienne* (Paris, 1942²) p. 83.

tura y la segunda, en las reglas de una sana retórica. Es la «puissance de parole, desintéressement de coeur», que, según Longhaye⁷, constituyen el fondo de todas las teorías de la predicación sagrada.

A esta finalidad responde el método seguido por S. Agustín en su libro IV de *DC*: va a la formación más bien teórica del orador; a su capacitación remota, poniéndole delante de los ojos todos los secretos del arte del bien hablar; por esto prescinde en general de consideraciones psicológicas. Le interesa que el clérigo conozca el éxito que puede conseguir con su palabra. Y para ello expone las cualidades esenciales que debe reunir el discurso, las obligaciones propias del orador, las diferentes clases de estilos, las bellezas literarias de que puede revestirse la palabra, y, en cambio, descuida un estudio profundo del auditorio y no trata más que de paso las condiciones psicológicas del predicador⁸.

* * *

Otro libro, escrito a petición de uno de sus diáconos alrededor del año 400, viene a darnos nuevos materiales para completar el cuadro de la formación oratoria: es el libro de *CR*. Su objeto ha sido suficientemente expuesto por el Santo en los primeros capítulos de su obra: se trata de orientar prácticamente la instrucción catequística que debía darse a los catecúmenos⁹. Y S. Agustín lo hizo a maravilla, componiendo una obrita donde las reglas prácticas están enlazadas magníficamente con los ejemplos de unas catequesis vividas. De aquí las dos partes, perfectamente definidas del tratado¹⁰. S. Agustín tuvo que escribirlo en un género en el cual la bibliografía era absolutamente nula. Por esto, en el *CR* es donde por primera vez se expone una teoría de la catequesis¹¹. Indudablemente si S. Agustín nos hubiera dejado sola-

⁷ *La prédication. Grands maîtres et grandes lois* (Paris, 1897²) p. 166. Cf. también p. 167 y 169.

⁸ Una división detallada del libro IV de *DC* y un estudio de su paralelismo con las doctrinas análogas de la retórica romana puede verse en SULLIVAN. o. c., p. 6 ss.

⁹ Cf. RESTREPO, *San Agustín. Sus métodos catequísticos. Sus principales catequesis* (Madrid, 1925). p. 31-32.—Sobre la instrucción dada a los catecúmenos en el siglo III, anterior a S. Agustín, cf. PROBST, o. c., p. 124-127; 159 ss.

¹⁰ La primera comprende 1, 1-16, 24; la segunda, 16, 24-27, 55.

¹¹ BARDENHEWER, o. c., IV, p. 493.

mente un manual de preguntas y respuestas, semejante a nuestros catecismos de hoy, algo hubiera ganado la sistematización de la doctrina cristiana, pero mucho hubiera perdido la técnica catequística de la Iglesia.

La finalidad práctica de la obra de S. Agustín es la razón de la diversidad de método empleado en esta obra, si se compara con el de *DC*. De hecho, para la instrucción catequística no existían normas fijas, a las cuales fuera preciso acomodarse: todo dependía de las condiciones subjetivas del catequista y del catequizado. Y de cara a esto, S. Agustín escribió su obra. De aquí la abundancia de observaciones psicológicas que es uno de los méritos más revelantes del *CR*: con razón puede decirse que constituye el fondo de su obra. De aquí que, en su explicación, adquieran tanta importancia la caridad, como punto central de toda la instrucción catequística; el auditorio, como sujeto que puede influenciarla notablemente; el mismo catequista, en las diversas vicisitudes psicológicas de su espíritu, cuya importancia en el desarrollo de su explicación es bien evidente. Robbers¹² ha resumido todo el método catequístico de S. Agustín en tres puntos: a) enseñar pocas cosas; b) escoger un punto central donde converja toda la instrucción; c) adaptarla al auditorio.

Es claro que el *CR* y el libro IV de *DC* se complementan mutuamente: la diversidad de métodos responde a la diversidad de fines; y esta diversidad de fines en realidad coincide en un punto. La formación catequística del clérigo es un aspecto particular de su formación oratoria, entendida ésta en su sentido amplio. En las siguientes páginas intentaremos un paralelismo de la doctrina expuesta en los dos libros de S. Agustín: así se podrá apreciar prácticamente nuestra afirmación.

El discurso en sí mismo. En el *CR*, S. Agustín explica bastante detalladamente en qué debe consistir la parte central de la instrucción catequística: la « *narratio plena atque perfecta* »¹³. Es aquí, en frase de Eggersdorfer¹⁴, «donde

¹² En *Miscellanea Augustiniana*, p. 151-172. Según la recensión de D. B. CAPRELLÉ, en «Bulletin de Théologie ancienne et médiévale» (1981) 375*-376*.

¹³ *CR*, 3, 5: K. 4, 24, ss.—*CR*, 6, 10: K. 11, 16, ss.

¹⁴ O. c., p. 178.

el Santo ha fijado un principio didáctico de gran peso con magnífica claridad e inteligencia psicológicas: hasta él no había sido puesto con tanta precisión y aún hoy es aprobado en toda clase de enseñanza». Este principio parte del supuesto de que ante todo el Cristianismo es un hecho de salvación; por esto en toda iniciación religiosa hay que explicar la «Historia salutis», ni tan ampliamente que la atención del oyente vaya por cauces indebidos, ni tan escuetamente que se omita algo de lo esencial. El punto medio es el exacto: «Ita ut eligantur quaedam mirabiliora quae suavius audiuntur atque in ipsis articulis constituta sunt»¹⁵. «Caetera vero celeri percusione inserendo contexere»¹⁶. Es un principio eminentemente psicológico y pragmático.

El libro IV de *DC* prescinde de este estudio detallado. Es claro que, tratándose de una formación oratoria de carácter genérico, S. Agustín no podía descender al detalle de indicar el mismo argumento de la «narratio». Sólo advierte al predicador cristiano que las cosas difíciles raramente han de tratarse. Este es el principio general; sin embargo, cuando su explicación urja, el orador debe intentarlo decididamente¹⁷. Existe por lo tanto una perfecta coincidencia de criterios en este punto.

S. Agustín estudia también en el *CR*, el fin de la «narratio», como medio coordinador de sus diversos elementos. Le preocupa que el catequista consiga un éxito completo en el ánimo de los oyentes. Si el fin de la Sagrada Escritura es la manifestación del amor divino y si esta manifestación obtiene una confirmación plena en la venida del Hijo de Dios al mundo, es necesario que el amor, la «caritas», también sature las palabras del catequista, para que prenda en el corazón del catequizado¹⁸.

¹⁵ *CR*, 3, 5: K. 5, 5-7. Véase también *CR*, 6, 10: K. 12, 3-5.

¹⁶ *CR*, 3, 5: K. 5, 10-11. La misma idea aparece también en *CR*, 6, 10: K. 11, 80; 12, 1-2.

¹⁷ El Santo no ha descuidado señalar las condiciones precisas para ello: «...non est hoc officium deserendum, ut uera, quamuis ad intellegendum difficillima... ad aliorum intellegentiam perducamus, si tenet auditorem uel collocutorem discendi cupiditas, nec mentis capacitas desit, quae quoquo modo intimata possit accipere, non curante illo qui docet, quanta eloquentia doceat, sed quanta euentia». *DC*, 4, 9, 23: S. 90, 4, 10.

¹⁸ «Hac ergo dilectione tibi tamquam fine proposita, quo referas omnia quae dicis, quidquid narras ita narra, ut ille cui loqueris audiendo credat, credendo speret, sperando amet.» *CR*, 4, 8: K. 9, 21-23.—Véase en el *CR*, 4, 7: K. 7, 1-29; 8, 1-22, la digresión magnífica sobre el amor, que luego el Santo aplica al amor entre Dios y los hombres.

Este es el fin educativo y ético de la explicación catequística de S. Agustín tan a propósito para servir de principio a una vida religiosa práctica.

Esta finalidad concreta de la instrucción catequística no se encuentra desarrollada en el libro IV de *DC*. Aquí S. Agustín examina el problema desde otro punto de vista: estudia el fin genérico de la oratoria siguiendo la doctrina tradicional. El orador debe «bona docere et mala dedocere», objetivo que recibe una ulterior determinación en los tres «officia»: enseñar, agradar y convencer¹⁹. S. Agustín explica detenidamente la absoluta necesidad de enseñar, como fundamento de toda la obra educadora de la predicación cristiana; después, insiste en que no es imprescindible conseguir el agrado de los oyentes; y por fin señala como punto culminante de esta progresión geométrica, el «flectere», cuya función es convencer el auditorio²⁰. Es la doctrina clásica incorporada al Cristianismo.

En el *CR*, ha descrito también otra parte del discurso: la «exhortatio». La detallada exposición de la «narratio» exigía estas normas concretas, cuyo fin es conseguir inmediatamente el objeto perseguido en la explicación catequística. S. Agustín determina los puntos que es necesario exponer: desde las verdades objetivas, de carácter más trascendental para el hombre, hasta las dificultades de orden humano que se hallan en la vida cristiana²¹.

En el libro IV de *DC* no se encuentra un capítulo dedicado expresamente al estudio de la «exhortatio». Sin embargo, San Agustín supone su existencia al admitir la división clásica del discurso. Por otra parte, él mismo señala los medios prácticos para conseguir el objeto de la «narratio», que puede considerarse muy bien como una verdadera «exhortatio»²².

¹⁹ «Dixit ergo quidam eloquens, et uerum dixit, ita dicere debere eloquentem, ut doceat, ut delectet, ut flectat» *DC*, 4, 12, 27: S. 102, 1-2.—Cf. también *DC*, 4, 17, 34: S. 120, 6.

²⁰ «Ac per hoc docere necessitatis est». *DC*, 4, 12, 28: S. 104, 16; 105, 1. Cf. también *DC*, 4, 12, 27: S. 102, 3 ss.—«sed neque delectare necessitatis est...». *DC*, 4, 12, 28: S. 106, 6-7. Cf. *DC*, 4, 12, 27: S. 102, 3 ss.—«ideo autem uictoriae est flectere quia fieri potest ut doceatur et delectetur et non assentiat». *DC*, 4, 12, 28: S. 106, 4-6. Cf. también *DC*, 4, 12, 27: S. 102, 3 ss; *DC*, 4, 13, 29: S. 106. 14-17; 108, 1-14.

²¹ Véase *CR*, 7, 11: K. 12, 6-31; 13, 1-23.

²² «Si autem qui audiunt mouendi sunt potius quam docendi... ibi obsecrationes et increpationes, concitationes et coerciones, et quaecumque alia ualent

El oyente: su estado psicológico. Es éste uno de los puntos de más palpitante interés para el catequista. Conocer el estado psicológico del catequizado y en relación con él orientar toda su iniciación religiosa es un postulado fundamental de la teoría de S. Agustín en el *CR*. Por esto inculca al maestro que procure conocer el motivo por el cual el oyente se acerca a oír su palabra. Casi siempre existe en el fondo algún temor de Dios. Sin embargo, en concreto, la ocasión próxima puede ser muy otra: para saberla, puede ayudar el conocimiento que del catequizado tienen los demás y si no, es necesario preguntarle a él directamente²³. La fina psicología de S. Agustín prevé las diferentes respuestas que pueden ofrecerse: desde la de aquellos que se presentan impelidos por fútiles motivos o por causas que desdichan de su alma recta, hasta la del que se acerca a la Iglesia porque cree «se divinitus admonitum vel territum esse»²⁴.

Este tema no ha sido tratado por S. Agustín en el libro IV de *DC*; el carácter de su formación oratoria no podía descender a detalles que son más propios de un libro de orientación particular y concreta como el *CR*.

S. Agustín, prosiguiendo su estudio psicológico de los oyentes, indica la conveniencia de conocer las variaciones que en su espíritu pueden tener lugar durante la explicación. Ello puede influir notablemente aún en el mismo ánimo del orador²⁵. Esta cuestión que S. Agustín ha tratado igualmente en el *CR* y en el *DC* se funda en que, por lo general, el auditorio suele manifestar exteriormente si entiende al orador o no. Sin embargo, en los dos tratados, esta cuestión es estudiada desde puntos de vista diferentes. Es verdad que, por una parte, la instrucción

ad conmovendos animos sunt necessaria». *DC*, 4, 4, 6: S. 54 ss. Véase la nota de Sullivan, o. c., p. 54-55, n. 10.

²³ «Utile est sane, ut praemoneamur antea, si fieri potest, ab iis qui eum norunt, in quo statu animi sit... Quodsi alius a quo id noverimus, etiam ipse interrogandus est...» *CR*, 5, 9: K. 10, 14-18.

²⁴ Véase *CR*, 5, 9: K. 10, 19-21; 10, 27-29; *CR*, 6, 10: K. 11, 4-5.—No descuida el Santo los casos en que las lecturas, sobre todo en los hombres eruditos, han sido la causa de que entren en la Iglesia. Cf. *CR*, 8, 12: K. 14, 9-10.—De gran valor psicológico son las normas que en todos estos casos da San Agustín.

²⁵ «Facit etiam loquenti taedium auditor immobilis: [vel quia non movetur affectu, vel, quia nullo motu corporis indicat se intelligere vel sibi placere quae dicuntur:] ...contristamur et frangimur, quasi frustra operam conteramus.» *CR*, 10, 14: K. 17, 28-30; 18, 4-6. Cf. también *CR*, 13, 18: K. 23, 6-8.

catequística se daba o bien en particular y sin testigos, o bien a muchos convertidos a la vez; y que, por otra parte, el libro IV de *DC* nos habla de las «collocutionibus, siue fiant cum aliquo uno, siue cum pluribus»²⁶. No obstante, el *DC* estudia más bien el caso de los sermones propiamente dichos, cuando no es posible al orador saber por sí mismo y por diálogo directo con los oyentes, si éstos le entienden; entonces es necesario variar la explicación hasta conseguir el asentimiento deseado²⁷. En cambio, en el *CR* supone la existencia de una instrucción familiar, en la cual el catequista puede preguntar directamente a los catequizandos si le siguen en sus explicaciones: en este caso aquélla debe acomodarse a sus respuestas²⁸. Es no obstante una nota fundamental, consignada en ambas obras, que siempre será duro a los oyentes escuchar una repetición engorrosa de lo que ya saben o entienden suficientemente²⁹.

Un último detalle que no carece de interés histórico, nos ha dejado S. Agustín sobre este tema en el *CR*: la fatiga o el cansancio en el auditorio, que le impele a ausentarse. El Santo recomienda dos medios: uno de carácter psicológico y otro de carácter práctico. El primero consiste en renovar el espíritu de los oyentes, con algo extraordinario o con algo alegre o triste. El segundo, siguiendo el ejemplo de las «ecclesiae transmarinae», es ofrecer asiento a los oyentes. Aún en este caso el instinto delicado de S. Agustín ha descendido hasta los detalles más insignificantes³⁰.

Acomodación del discurso a los oyentes. Es un principio que no podía escapar a la visión certera de S. Agustín. Por esto, en el *CR* reclama la conveniencia de que el catequista sepa exactamen-

²⁶ *DC*, 4, 10, 25: S. 96, 1 ss.

²⁷ «Quod donec significat, uersandum est quod agitur, multimoda uarietate dicendi...» *DC*, 4, 10, 25: S. 96, 9-10.

²⁸ «...et interrogatione quaerendum utrum intelligat, et danda fiducia, ut si quid ei contradicendum uidetur, libere proferat. Quaerendum etiam de illo, utrum haec aliquando iam audierat... et agendum pro eius responsione...» *CR*, 13, 18: K. 23, 17-21.

²⁹ Cf. *DC*, 4, 10, 25: S. 96, 13-14; *CR*, 13, 18: K. 23, 24.

³⁰ «...aut renovare oportet eius animum, dicendo aliquid honesta hilaritate conditum et aptum rei quae agitur, vel aliquid valde mirandum et stupendum, vel etiam dolendum atque plangendum...—Aut oblata sessione succurrere...» *CR*, 13, 19: K. 24, 6-12.—Cf. *CR*, 13, 19: K. 24, 12-30; 25, 1-21.

te cuales son los oyentes que tiene delante de sí, porque no a todos hay que aplicar la misma medicina. El mismo Santo confiesa por experiencia que la diversidad en el auditorio es causa de que «sermo ipse et procedit et progreditur et finitur»³¹. Por otra parte, la misma razón natural dice que cambia muy distintamente la intención del que habla según la condición de los que le están escuchando.

Muy interesantes son sin duda las normas prácticas que da en el *CR* sobre la instrucción que hay que dar a los oyentes de acuerdo con su cultura habitual: es muy diferente educar cristianamente a un erudito «liberalibus doctrinis excultus» o a un orador que procede «de scholis usitatissimis grammaticorum oratorumque» o a un «idiota»³². Los dos primeros requieren una atención especial y una adaptación de la «narratio», acomodándola a sus conocimientos. La norma fundamental para la catequesis de los eruditos está constituida por una relación breve pero completa de los fundamentos de la religión; luego, como factor muy importante, entra una orientación cristiana sobre los libros que le han sido familiares hasta entonces³³. Mayor cuidado requiere la instrucción de los gramáticos y retóricos. La primera condición que requiere S. Agustín es la de una humildad sincera. Luego, con el fin de que su intento de buscar exageradamente la forma bella de las palabras no vaya más allá de lo debido, recomienda la lectura de la Sagrada Escritura e insiste que la única voz que Dios escucha es el afecto del corazón³⁴.

Este último punto tiene gran conexión con una de las más

³¹ *CR*, 15, 23; K. 29, 15-16. Son bellísimas las frases en que expone estos principios: «Et quia cum eadem omnibus debeatur caritas, non eadem est omnibus adhibenda medicina: ipsa item caritas alios parturit, cum aliis infirmatur; alios curat aedificare, alios contremiscit offendere; ad alios se inclinatur, ad alios se erigit; aliis blanda, aliis severa, nulli inimica, omnibus mater». *CR*, 15, 23; K. 29, 16-21.

³² *CR*, 8, 12; K. 13, 24-26; *CR*, 9, 13; K. 15, 22-25.—A propósito de esta división tripartita de los oyentes, observa Eggersdorfer, o. c., p. 184, que S. Agustín consideraba los «liberalen Studien» como valiosos incluso para la cultura cristiana; por el contrario, la formación retórica era para él una peligrosa pseudo-educación.

³³ *CR*, 8, 12; K. 14, 2-7, 19-20. Son sumamente interesantes las normas prácticas que el Santo da a este propósito, perfectamente adaptadas a la mentalidad del hombre culto y erudito. Cf. K. 14, 21-32; 15, 1-17.

³⁴ «His ergo... hoc amplius quam illis illiteratis impertire debemus... ut humilitate induti christiana discant non contemnere... Maxime autem isti docendi sunt scripturas audire divinas, ne sordeat eis solidum eloquium, quia non est inflatum...» *CR*, 9, 13; K. 15, 25-29; 16, 2-4. Cf. también *CR*, 9, 13; K. 16, 18-19. ...

bellas y agudas páginas del libro IV de *DC*. Contra la costumbre entonces corriente de denigrar el valor literario de la Sagrada Escritura, S. Agustín se propone demostrar que también ella tiene su elocuencia, además de la profundidad doctrinal de sus pensamientos; un estudio detallado de diversos trozos del Antiguo y del Nuevo Testamento y de los escritores eclesiásticos ocupa varios capítulos de su obra³⁵. Éstos demuestran que tan exagerada sería la posición del que afirmara que en la Sagrada Escritura no hay observancia de las leyes de la oratoria, como la del que defendiera que el retórico convertido no hallará en la Iglesia, al lado de las bellezas literarias más exquisitas, ni los barbarismos ni los solecismos que tanto horrorizaban a la cultura del siglo IV³⁶.

Formación técnica del orador. Este tema está ampliamente tratado en el libro IV de *DC*. Ante todo S. Agustín asienta el principio de que el ideal del orador está en exponer las verdades divinas con sabiduría y elocuencia. De ambas se preocupa explicando su necesidad y estableciendo su jerarquía. Sobre todo es necesaria la «sapiencia» que se adquiere mayor o menor según el mayor o menor conocimiento de la Sagrada Escritura: ella debe ser el fundamento de toda oración sagrada³⁷. Es éste un principio que impregna íntimamente las páginas del libro IV de *DC* y que San Agustín tomó de la antigua cultura clásica.

³⁵ «...ubi eos intellege, non solum nihil eis sapientius, uerum etiam nihil eloquentius mihi uideri potest». *DC*, 4, 6, 9: S. 62, 7-9.—Véanse los estudios que hace el Santo sobre dos textos de S. Pablo: Rom. 5, 3-5 y 2 Cor. 11, 16-30 y sobre el profeta Amós, 6, 1-16, en el *DC*, 4, 7, 11-21: S. 66, 1-86, 20. Véanse también los ejemplos que de los «genus submissum, temperatum, sublime» en la Sagrada Escritura y en los escritores eclesiásticos da en *DC*, 4, 20, 39-44; 21, 45-50: S. 130, 9-162, 10.

³⁶ «...diuina mente sunt fusa et sapienter et eloquenter, non intenta in eloquentiam sapientia, sed a sapientia non recedente eloquentia». *DC*, 4, 7, 21: S. 86, 11-28. Cf. también *DC*, 4, 6, 9: S. 62, 9-10.—«... non irridebunt si aliquos antistites et ministros ecclesiae forte animadverterint vel cum barbarismis et solecismis deum invocare... sed tamen pie toleranda sunt ab eis qui didicerint...» *CR*, 9, 13: K. 16, 19-25.

³⁷ Véase *DC*, 4, 5, 8: S. 60, 13-18; *DC*, 4, 5, 7: S. 58, 10-12.—Es notable esta frase enérgica del Santo: «sed si utrumque non potest, dicat sapienter quod non dicit eloquenter, potius quam dicat eloquenter quod dicit insipienter» *DC*, 4, 28, 61: S. 186, 13; 188, 1-2. Es un eco de la frase de Cicerón que S. Agustín hace suya: «sapientiam sine eloquentia parum prodesse ciuitatibus, eloquentiam uero sine sapientia nimium obesse plerumque, prodesse numquam». *DC*, 4, 5, 7: S. 58, 4-6. Cf. también *DC*, 4, 14, 30: S. 110, 14-17.

Era necesaria su afirmación en medio del ambiente de excesivo retoricismo de los siglos III y IV. A éste se refiere la fina sátira de aquellos que buscan solamente la belleza de las palabras, aún cuando bajo su manto se cubran la mentira y el error³⁸. Sin embargo, esto no significa que no sea conveniente la elocuencia: S. Agustín afirma su necesidad, cuando el maestro cristiano quiere que el fruto de su instrucción se extienda a la mayor parte de los oyentes. Es la conveniencia de conocer a fondo las normas clásicas del bien decir, que San Agustín defiende en las primeras páginas de su libro y que constituyen la parte de esfuerzo humano que el orador debe poner en su obra³⁹.

No es extraño que, partiendo de este punto de vista, dedique S. Agustín largas páginas de su libro IV de *DC* al estudio de los estilos literarios. No es necesario seguir muy detalladamente esta doctrina, que por otra parte no encuentra su paralelo en el *CR*. A los tres «*officia*» del orador corresponden los tres estilos que entonces se distinguían en las escuelas de acuerdo con la doctrina de Cicerón. Después, S. Agustín se extiende en consideraciones sobre la necesidad de variar y alternar los tres estilos, de mezclarlos entre sí, señalando sus diversos efectos y demostrando en cada uno de ellos el cumplimiento de los «*officia oratoris*». La doctrina del Santo, en este punto, es completa: siguiéndola, el orador cristiano conseguiría del auditorio «*ut intellegenter, ut libenter, ut obedienter audiatur*»⁴⁰.

Una cualidad esencial que el Santo exige del orador es la claridad en la expresión. S. Agustín nota ya su importancia en el *CR*⁴¹ y la exige más explícitamente en el *DC*. No hay que imitar la obscuridad de algunos de los pasajes de las Sagradas Escrituras, sino que todo el esfuerzo del predicador debe consistir en que sea entendido aún por los más rudos. Por

³⁸ Cf. *DC*, 4, 14, 30: S. 108, 15; 110, 1-4.—Sullivan, o. c., p. 173, n. 14, ha expresado gráficamente el ideal sofisticado («*art for art's sake*») en oposición al ideal cristiano («*art for truth's sake*»).

³⁹ Véanse: *DC*, 4, 11, 26: S. 100, 3-13; *DC*, 4, 2, 3: S. 46, 7 ss; *DC*, 4, 3, 4; S. 48, 8-11; *DC*, 4, 16, 33: S. 116, 9-11.

⁴⁰ *DC*, 4, 26, 56: S. 176, 2-3. Véanse *DC*, 4, 17, 34: S. 122, 3-5; y sobre todo desde *DC*, 4, 22, 51: S. 162, 11, hasta *DC*, 4, 26, 57: S. 180, 12.

⁴¹ «*Si enim illa causa contristat, quod intellectum nostrum auditor non capit, a cuius cacumine quodam modo descendentes cogimur in syllabarum longe infra distantium tarditate demorari...*» *CR*, 10, 15: K. 18, 27-30.

esto es necesario desdeñar las palabras cultas, que podrían entorpecer la claridad de la expresión y escoger las que fácilmente llevan el propio pensamiento a la inteligencia de los oyentes⁴².

No deja de ser notable la teoría de S. Agustín sobre la recitación de memoria de los sermones. En el libro IV de *DC* legitima largamente esta práctica en aquellos que pueden recitar bien. El argumento fundamental en que se apoya es que, tratándose de la palabra de Dios, el que escribe y el que habla dicen algo suyo propio, siempre que exista una conformidad objetiva entre la predicación y la vida de ambos⁴³. No obstante, esta costumbre puede ofrecer algunos peligros en la práctica. En el *CR*, San Agustín estudia el mismo caso desde un punto de vista psicológico: la belleza del lenguaje de lo que otros han escrito es causa de tedio en el catequista para hablar por cuenta propia. Entonces el Santo expone su doctrina de acuerdo con el fin que se propone: da las reglas convenientes para que no decaiga el espíritu, previendo todas las inexactitudes en que puede incurrir el desatino de las palabras. Sin discutir la conveniencia de la recitación de memoria en la instrucción catequística, S. Agustín se dedica principalmente a levantar el espíritu decaído del orador, para que cobre aquella «fiducia» con la cual debe rogar a Dios «ut loquatur nobis... quomodo volumus, si suscipiamus hilariter ut loquatur per nos quomodo possumus»⁴⁴.

Estudio psicológico del orador cristiano. Este tema se halla perfectamente explicado en el *CR*, cuando S. Agustín examina las causas del «animi taedium» y cuando da las normas necesarias de la «hilaritas comparanda», que tanta influencia ejercen en el ánimo del catequista.

S. Agustín analiza ante todo la dificultad que puede experimentar el catequista al querer coordinar debidamente el pensamiento y la palabra, para que ésta lo reproduzca con fidelidad. El remedio apuntado por el Santo es de orden ascético:

⁴² Cf. *DC*, 4, 8, 22: S. 88, 9-12 y *DC*, 4, 10, 24: S. 90, 11-13; 94, 5-7.

⁴³ *DC*, 4, 29, 62: S. 188, 6-190, 14. — En otra parte de la obra hace el Santo esta atinada observación: «...uersandum est quod agitur multimoda uarietate dicendi, quod in potestate non habent, qui praeparata et ad uerum memoriter retenta pronuntiant». *DC*, 4, 10, 25: S. 96, 9-11.

⁴⁴ *CR*, 11, 16; K. 21, 28-30; 29, 1. Véase *CR*, 10, 14; K. 17, 18-22.

el amor hacia el catecúmeno debe informar el espíritu del maestro y hacerle descender hasta expresarse con la máxima sencillez y humildad⁴⁵.

Idéntica a la anterior es la doctrina de S. Agustín al tratar del caso en que el catequista tiene que repetir las cosas que le son conocidísimas. También aquí la solución es de orden espiritual: el amor del catequista hará que las cosas sabidas le parezcan nuevas y aún que aprenda nuevamente en ellas⁴⁶. Siguiendo en su estudio psicológico, S. Agustín examina el estado de ánimo del catequista cuando tiene que abandonar una ocupación, con el fin de atender a la instrucción de un nuevo catecúmeno. A este propósito la sabia prudencia del Santo ha dictado normas preciosas para la vida personal del catequista: es necesario establecer un orden en todas las ocupaciones, que siempre debe estar subordinado a la voluntad de Dios según se manifieste en cada ocasión. El fundamento de su pensamiento es que siempre es incierto «quid utilius agamus, et quid oportunius aut intermittamus, aut omnino omittamus»⁴⁷. Y hablando concretamente de la instrucción religiosa, es preciso tener en cuenta el criterio que defiende en el *DC*, a raíz de la comparación de los estilos oratorios con los «officia oratoris». Las cosas que se tratan en la predicación sagrada son siempre grandes⁴⁸; por esto el maestro cristiano debe tener presente la grandeza de su misión. Son dos pensamientos que se completan maravillosamente.

Un último aspecto de la vida psicológica del catequista ocupa la atención de S. Agustín: la tristeza del espíritu por un escándalo. El Santo estudia detenidamente este caso y distingue cuando el pecado es ajeno y cuando es propio. La doctrina coincide en ambos casos por su carácter espiritual: el deseo de conquistar un alma para Dios debe alegrar el espíritu del ministro de la Iglesia. Es que se le ofrece una ocasión magnífica de resarcirse del mal cometido por otros o del ocasionado por su propia fragilidad⁴⁹.

⁴⁵ *CR*, 10, 15: K. 18, 27 ss.

⁴⁶ *CR*, 12, 17: K. 22, 8 ss.

⁴⁷ *CR*, 14, 20: K. 25, 27-29, Véase todo el *CR*, 14, 20: K. 25, 22 ss.

⁴⁸ «...ubi etiam cauendus est aeternus interitus, omnia magna sunt quae dicimus...» *DC*, 4, 18, 85: S. 124, 1-8. Cf. también *DC*, 4, 18, 87: S. 126, 19-20.

⁴⁹ Véanse *CR*, 14, 21: K. 26, 18 ss. y *CR*, 14, 22: K. 27, 14 ss.

Este conjunto de experiencias psicológicas tan bien recogidas de la realidad y tan bien expuestas en el *CR*, se ha convertido en un fondo de recomendaciones espirituales para el catequista. El aspecto de la personalidad moral del orador cristiano no podía ser descuidado en el libro IV de *DC*: ahí precisamente radicaba toda la diferencia fundamental entre el orador cristiano y el orador pagano. Por otra parte, la misma doctrina clásica había reconocido todo el valor de los resortes morales en el orador para el éxito de su discurso: S. Agustín, por lo tanto, debía insistir en este punto, al cristianizar las sanas doctrinas del clasicismo romano. No es extraño pues que afirme enérgicamente la parte que a Dios corresponde en el éxito de la predicación sagrada. En concreto, S. Agustín exige dos cosas en el predicador: oración y vida santa. La primera es necesaria para que Dios bendiga sus palabras y las haga fructificar en el corazón de los oyentes; la segunda, para conseguir toda la eficacia posible de su instrucción oratoria⁵⁰. De hecho son muchos los que excusan su mala vida en los ejemplos del predicador⁵¹.

* * *

Esta es la doctrina de S. Agustín sobre la formación oratoria cristiana. Como afirmábamos al comenzar nuestra investigación, el Santo la ha expuesto de una manera completa, en su *CR* y en su libro IV de *DC*. No faltan ni las observaciones psicológicas ni las normas de carácter teórico: ellas han brotado de la pluma del gran obispo de Hipona, según la finalidad concreta e inmediata que perseguía en cada una de sus obras.

NARCISO JUBANY, Pbro.

⁵⁰ «Ipsa hora iam dicat accedens, priusquam exserat proferentem linguam, ad Deum leuet animam sitientem, ut eructet quod biberit, uel quod impleuerit, fundat» *DC*, 4, 15, 32: S. 114, 6-9.—«Multis itaque prosunt dicendo quae non faciunt, sed longe pluribus prodessent faciendo quae dicunt». *DC*, 4, 27, 60: S. 182, 18-19. Véanse también *DC*, 4, 30, 63: S. 190, 25; 192, 1 y *DC*, 4, 28, 61: S. 184, 9-11.

⁵¹ Cf. *DC*, 4, 27, 60: S. 182, 19 ss.